

pueblo» y que De Llano apunta de forma tan contenida como contenidamente plana es su descripción de una Isabel II casi adolescente, «que está muy gruesa y aparenta veinticinco años».

En otras manos, el dietario de José Inocencio de Llano habría resultado (como de hecho lo fue en la primera referencia que de él se tuvo) una nota a pie de página; un banco (exiguo) de datos para adornar o confirmar generalizaciones previas; o directamente un soberano aburrimiento. En las manos de Pons y Serna es todo un mundo, un mundo entrevistado a contraluz que nos revela cosas que no sabíamos (o sólo intuíamos) respecto al comportamiento, el modo de vida, las obsesiones, los modos de distinción y de actuación, de conciencia de sí de la burguesía decimonónica, tanto la valenciana como la europea. Como ellos mismos dicen, se trata de «un universo cercano y distante a un tiempo» que puede interesar tanto al especialista como al lector que no lo es. La intencionadamente relamida edición de *Gratacels*, con espléndidas ilustraciones de época que incluyen los dibujos de De Llano, puede contribuir también a ello.

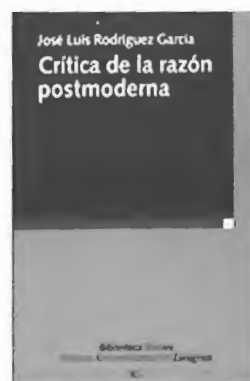
Isabel Burdiel es catedrática de Historia Contemporánea de la Universitat de Valencia.

## La enigmática e inquietante postmodernidad

Josep A. Bermúdez i Roses

En 1983 la revista norteamericana *Telos* publicaba en su número de primavera una interesante entrevista con Michel Foucault bajo el título «Estructuralismo y postestructuralismo». En ella, y a requerimiento del entrevistador, el filósofo iba dibujando cuál había sido el *espacio de dispersión* en el que se había ido configurando su obra e iba haciendo un repaso de aquellos pensadores y movimientos que habían ido influyendo en su gestación. Hacia la mitad de la entrevista, y después de haber confrontado su filosofía con la de Habermas, Weber y Nietzsche entre otros, Foucault es inquirido para que se pronuncie, en palabras del entrevistador, sobre *ese cajón de sastre que es la postmodernidad*. La respuesta de éste no puede ser más lacónica: *¿A qué se llama postmodernidad? No estoy al corriente*.

No dejaría de ser anecdótico de no tratarse de quien se trata. No podemos perder de vista que entre la nómina de filósofos elevados a los *altares* de la postmodernidad Foucault ocupa un puesto de privilegio. Y por eso, no deja de ser curioso que, uno de los autores que figura como inspirador e instigador de la postmodernidad diga desconocer de qué se trata. Estoy seguro de que la respuesta, aparte de maliciosa, es sincera. Es maliciosa puesto que la entrevista continúa con casi media página del entrevistador, ahora entrevistado, explicándole a Foucault qué sería la postmodernidad, cuando de lo que se tra-



José Luis Rodríguez  
*Crítica de la razón postmoderna*,  
Madrid, Biblioteca Nueva, 2007,  
312 págs.

taba era de lo contrario Y es sincera en tanto que sólo en otra ocasión, en su artículo *¿Qué es Ilustración?* vuelve a mencionar tangencialmente este término. En esta ocasión ni siquiera se le puede aquí considerar un concepto: *postmodernidad* es simplemente utilizado como un aparente descriptor temporal. En ningún otro texto de Foucault, que yo tenga noticia, aparece mencionado el término *postmodernidad*. Así pues, un estudio sobre la concepción foucaultiana de la postmodernidad no daría para mucho; bastaría únicamente con indicar que éste nos habló de una *enigmática e inquietante «postmodernidad»*. Porque al fin y al cabo no dijo, literalmente, nada, absolutamente nada más.

Leyendo el libro de José Luis Rodríguez García *Crítica de la razón postmoderna* uno puede entender que lo que acabamos de relatar no es anecdótico, sino más bien sintomático de la situación en que nos encontramos. Señalemos otra supuesta «anécdota» que refuerza la impresión de que lo que parece secundario es, más bien, relevante para pensar nuestra actualidad. Rodríguez García nos expone en la breve *Introducción* de su libro cómo otro supuesto *gurú* de la postmodernidad también confiesa su ignorancia sobre lo que signifique *postmoderno*. Como él reseña, Rorty, en *Sobre filosofía y política*, indica que, si uno lee diez libros sobre postmodernidad, va a encontrar de cinco a seis significados diferentes del término *flexible* según el filósofo americano—. Y concluye el filósofo neopragmatista recientemente desaparecido: «No tengo ni idea de lo que hace que un cuadro, una novela o una actitud política sean postmodernos».

Así la situación, la pretensión de este catedrático de Filosofía de la Universidad de Zaragoza de abordar, no ya la cuestión de la postmodernidad, sino la de una supuesta *razón postmoderna*, se presenta, más bien, como una gesta. Y las gestas nunca defraudan, acaben como acaben. De entrada cabe señalar que ya la elección del título es

provocadora; pero al fin y al cabo se supone que la postmodernidad también lo es. ¿O lo era la modernidad? Escoger un título con tantas resonancias modernas para ofrecernos una reflexión sobre qué sea hoy en día la racionalidad, es, cuanto menos, atrevido y osado. Es mucho, demasiado tal vez, lo que ya se ha escrito sobre la dialéctica modernidad-postmodernidad, sobre la era, la experiencia o la condición postmoderna; pero llegar a hablar de la formación de una *nueva racionalidad postmoderna*, como hace él, es harina de otro costal. No seré yo quien diga que eso no está justificado, puesto que Rodríguez García ha sabido, y muy bien por cierto, documentarse sobre la cuestión y construir una argumentación rigurosa y exhaustiva al respecto. Pero, pese a eso, su propuesta, o más bien su *apuesta*, no deja de ser un envite en toda regla. Nuestro autor entiende por *razón postmoderna* ni más ni menos que un *modelo constituyente de racionalidad*. Razón pues, de más, para hablar de *resonancias modernas*.

Aunque más bien, como es evidente, de lo que habría que hablar es de resonancias kantianas. La *Crítica de la Razón Pura*, tal y como Kant nos confiesa en las primeras líneas del *Prólogo* a la primera edición, surge del *acoso* a que se ve sometida la razón humana por ciertas cuestiones que no puede rechazar, por ser cuestiones precisamente que le incumben, pero a las que tampoco puede dar respuesta racional —en el sentido de la racionalidad pura— por sobrepasar sus posibilidades. Y pese a que entre las cuestiones que se plantea Kant y las que se plantea nuestro autor se abre, cómo no, un abismo de más de dos siglos, se puede apreciar que la intención con la que se escribe esta *Crítica* que ahora nos ocupa no es tan diferente. La razón que hoy en día hacemos servir, llamémosle postmoderna o como queramos, también se siente acuciada por una serie de cuestiones a las que no puede dejar de responder, aunque tampoco sepa muy bien cómo hacerlo.

Igualmente, y podríamos encontrar muchos paralelismos más, esta *Crítica de la razón postmoderna* comparte con la *Crítica kantiana* el hecho de que su *utilidad es puramente negativa*. Nos decía el filósofo alemán que su *Crítica* no servía para *ampliar nuestra razón, sino solo para clarificarla y preservarla de errores*. Ciertamente esto mismo es lo que nos ofrece el libro de Rodríguez García: un ejercicio de clarificación, ejercicio que tal vez tiene más de moderno de lo que el título parece sugerir. Con la lectura atenta de sus páginas, repletas de abundantes e interesantes referencias bibliográficas, podemos llegar a entender cómo es posible que algunos de los protagonistas del truculento devenir de la razón en el último medio siglo, pese a estar embarcados en dicha aventura, no sepan dar, paradójicamente, *razón* de ella.

La primera clarificación que podemos obtener del libro la encontramos en la lectura de la primera de las tres partes que lo componen, *Cuestiones preliminares*. Con su lectura podemos entender el porqué de estas «anécdotas». Si el autor adjetiva a este tipo de racionalidad como postmoderna es porque, como prolijamente muestra en esa parte, el *humus* sobre el que opera, nos dice, es el de la *des-regulación* y el *eclecticismo*. No es pues de extrañar que, siendo este el suelo sobre el que se gesta la postmodernidad, su propia autodefinición no sea algo sencillo ni esperable. Desregulación para consigo misma de una postmodernidad que empezó, más bien, lejos de los círculos filosóficos y sociológicos. Leyendo estos capítulos iniciales encontramos, en primer lugar, una breve historia de la deriva que el concepto de postmodernidad ha experimentado desde que surgió en ámbitos literarios, pictóricos y arquitectónicos, recaló en el discurso filosófico, a través de la reflexión de Lyotard sobre el *fin de los metarrelatos* y de la crítica habermasiana al *pensamiento postmetafísico*, y llegó hasta nuestros días de la pluma de Bauman, Beck, Hardt o Negri.

Aunque no es esta explicación del auge del concepto de postmodernidad, *deflagración de la razón postmoderna* lo llama Rodríguez García, aquello más interesante de la primera parte. En ella hace aparición una tensión que no nos abandonará ya en todo el libro y que en esta ocasión no nos acerca, sino que nos separa de Kant. Porque si con la lectura de la obra de Kant podíamos obtener un *mapa* de la razón, aquí ocurre todo lo contrario. La cuestión preliminar más importante, realmente la única, es la tensión que, desde que hizo aparición el debate sobre la postmodernidad, ésta ha mantenido con la Modernidad. Es lógico, pues, que el capítulo central de esta parte lleve por título el de *¿Diálogo o ruptura entre la razón moderna y la razón postmoderna?* No espere el lector encontrar en él una respuesta clara y definitiva al interrogante planteado. Todo lo contrario. Lo que el autor hace, que no es poco, es mostrarnos esa tensión, o mejor sería decir el *campo vectorial* que entre Modernidad y postmodernidad se establece. A partir de las diferentes concepciones no sólo de lo que sea la postmodernidad, sino sobre todo a partir de cómo se concibe la Modernidad (como gran relato, como proyecto político emancipatorio, como gestación de la autonomía del sujeto, como sistema económico capitalista...). Rodríguez García ha trazado el perfil actual de una cuestión que aún está por resolver.

No obstante, aunque ésta es en el libro una cuestión preliminar necesaria para su desarrollo, no es, sin embargo, la que va a determinar el transcurso de las páginas siguientes. Las últimas páginas de esta primera parte plantean el tema que realmente ocupa y preocupa al autor. Ellas ya no están dedicadas a la reflexión de un interrogante sino a lo que, de manera taxativa, designa como la *fractura de la propia razón postmoderna*. Tal fractura, a su parecer, se produce por las diferentes estrategias políticas y éticas que los distintos paladines de la postmodernidad configuran. Recordemos que hacia

los noventa Habermas consideraba que, de una manera u otra, todas las proyecciones postmodernas acababan siendo «*conservadoras*»; el proyecto moderno –inacabado– era el único emancipatorio. Hoy en día existe una mayor distancia con la cuestión para abordarla desde otra perspectiva. Con Rodríguez García podemos descubrir la existencia de una razón postmoderna de orientación *conservadora*, pero también de una potente y fructífera orientación *emancipadora y liberadora* de la postmodernidad –que ciertamente ya Habermas habría podido reconocer–, en la cual se centra.

Es de esta trayectoria de la postmodernidad, no exenta de problematicidad como muestra, de lo que va ocuparse en las otras dos secciones del libro. En ellas se deja sentir la preocupación por aquellos aspectos éticos y políticos que giran alrededor de la postmodernidad. La segunda parte, titulada *La genealogía de la razón postmoderna*, aborda lo que designa como sus *líneas identificatorias*. Comienza por analizar lo que ha comportado para la génesis de esta razón dos aspectos relevantes, uno de carácter político y otro moral, del siglo xx. El problema de la irrupción de las *masas* como sujeto político y la dificultad de la escindida razón postmoderna tanto para asumirlo, como para rechazarlo, es de los más interesantes, dado el diálogo que entabla con Ortega y Gasset, Adorno y Benjamin.

El problema moral de la barbarie, *escribir un poema después de Auschwitz* en palabras de Adorno, configura la segunda línea identificatoria de la génesis de la razón postmoderna, una razón que, siguiendo la estela de la reflexión adorniana, huirá de todo proyecto *totalizador* y se decantará por la *individualidad* y la *diferencia*. La tercera de estas líneas, e incluso la cuarta, surge de la prolongación de este planteamiento adorniano contra el pensamiento totalizador. Lo que se suele designar como el *decir poético* es aquello que se configura como el recambio al discurso del *logos*

filosófico –totalizador– y constituye el tercero de los aspectos que confluyen en la gestación del modo de racionalidad que nos ocupa. Y esta tercera línea identificatoria le sirve de lanzadera para recrearse en la cuarta, y también más importante, línea identificatoria de la razón postmoderna. Se trata de lo que el autor se atreve a designar, y así reza en el título del capítulo, como *El principio teórico de la razón postmoderna*. Hay que admitir que escribir un libro sobre la razón *post-moderna* –*líquida* diríamos con Bauman–, y hablar de un, y sólo un principio teórico de ésta, es apostar fuerte; aunque tal vez no sea esto un planteamiento precisamente muy postmoderno. Nuestro autor realiza un exhaustivo y aclarador análisis del *pensamiento de la diferencia*. Aunque confiesa que este pensamiento atraviesa toda la aventura occidental del pensar, es tan solo a partir del 68 cuando se configura una nueva *filosofía de la Diferencia* que, tal y como nos muestra, tiene *efectos desreguladores que son devastadores para la consistencia tradicional*. Dicho análisis se realiza a partir de una pormenorizada exposición de la reflexión derridiana sobre la *diferencia*, de la de Deleuze alrededor de la *diferencia sin concepto* o de la de Lyotard sobre el *diferendo*.

Pero no pensemos que con la explicación de este *principio teórico* el autor abandona su interés por la esfera ético-política de la racionalidad postmoderna. Todo lo contrario: precisamente porque el principio teórico que sustenta (?) la razón postmoderna es el de la *diferencia* –y no el de la *identidad*– se ve obligado a abordar lo que designa como el *cortocircuito* ontológico-político generado. Dejemos que el propio Rodríguez García nos indique en qué consiste este *cortocircuito* que va a constituir el *problema radical* que afecta a la razón postmoderna: «*cómo resolver la paradoja planteada por la aceptación de los modos de la Diferencia y por la paralela e inmediata reivindicación de un proyecto comunitario*».

De dicha paradoja se ocupa la tercera parte, *Límites de la razón postmoderna*, que ocupa casi la mitad de las páginas de su libro. Es su parte central, la más arriesgada, y en ellas el autor intenta, si no resolver esa paradoja, sí al menos, realizar una *aproximación crítica*. Se presenta esta parte como un detallado análisis sobre cuáles son los *límites* que encuentra la razón postmoderna en éste su proceso de maduración. Aunque cabría preguntarse, sin embargo, si más que *límites* lo que aquí Rodríguez García analiza no son más bien *limitaciones*, y como tales, algún día superables. Es más, tal vez los límites a los que hace referencia son realmente *desafíos* que en su maduración, la supuesta razón postmoderna, *debe afrontar y abordar* aunque no sepa aún cómo.

Únicamente dos capítulos configuran esta parte. El primero aborda las propuestas de Lévinas, Rorty y Foucault, tres autores que, aceptando esa Diferencia y la desregulación moral que comporta, nos ofrecen del sujeto postmoderno un nuevo perfil, ético más que político, que trascendiendo la desregulación posibilite un espacio postmoderno intersubjetivo y comunitario. Cabe indicar que el autor, pese a la exhaustiva exposición del pensamiento de estos autores, o precisamente por eso, manifiesta su *distanciamiento* de dichas propuestas que le provocan *desazón* y le resultan *poco convincentes*. Algo bastante parecido pasará con otras tres propuestas de la postmodernidad política que analizará en el segundo y último de los capítulos de esta parte. Aceptando la tesis de Mouffe sobre el *giro político* que ha experimentado la postmodernidad, Rodríguez García reformula el *problema radical* del cual había hablado: *¿cómo pensar una proyección política socializada desde el reconocimiento de la Diferencia?*

Por eso profundiza en lo que designa como las *proyecciones estratégicas* del sujeto postmoderno de Blanchot, Rawls o del tándem Deleuze-Negri, llegando a conclusiones similares a la del análisis de la terna

anterior. El autor, por el hecho de que estas proyecciones tienen una orientación más política que ética, se muestra más próximo a ellas, no por la propuesta en sí, sino por el campo en que se mueven. Ahora bien, también estas proyecciones le parecen *poco concluyentes* y también en ellas ve Rodríguez García *fallas importantes*.

Ya adelantamos al principio el paralelismo que apreciábamos entre la *Crítica kantiana* y la que nos ocupa por el resultado *negativo* de ambas. Y así es. En la *Crítica de la razón postmoderna* su autor nos muestra los límites *–desafíos–* de esta razón sin llegar a ofrecernos ninguna orientación, ninguna propuesta *positiva* a excepción del último párrafo inspirado en el análisis ya citado de Mouffe. ¿Decepcionante? De ninguna manera, puesto que el libro es brillante. Únicamente si continuamos apegados a un pensamiento de la *Identidad*, más que de la *Diferencia*, aquellas reflexiones que no clausuran el campo de reflexión del que surgen nos decepcionarán. Ahora bien, un libro sobre la *razón postmoderna* y sobre la *Diferencia* no podía acabar con toda una batería de propuestas concretas sobre los caminos a transitar que paralizaran nuestro pensar. Porque como se indica en una de las citas de Bauman que en el libro se recogen *«la postmodernidad es la imposibilidad de mantenerse en un punto fijo»*. Y alguno de ustedes dirá *¡pero si en la cita se dice la «modernidad»!* Pues eso, lo que decíamos.